IV.

Almonte en Veracruz.—Anuncia el arribo de nuevas fuerzas francesas.—Descubre á Prim los proyectos de Napoleón con respecto á Juárez y á Maximiliano.—Prim se disgusta.—Los ingleses se reembarcan. —Marcha Prim para Orizaba.—Él y Mr. Wyke llaman á sus colegas.—Arriban á Veracruz las tropas con Laurencez.—Les faltan medios de trasporte.—La Gravière le envía informes sobre la situación.—Saligny quiere atraerlo.—Prim recibe una carta de Napoleón.—El gobierno mexicano pide que le sea entregado Almonte.—Llega éste á Córdoba.—Desunión entre los comisarios.—El gobierno mexicano resuelve aprehender á Almonte.—Se oponen los comisarios franceses.—Graves divergencias entre los plenipotenciarios.—Cambia la petición del gobierno mexicano.—Los comisionados González Echeverría y Terán llegan á Orizaba.—Plan proclamando á Almonte jefe supremo.—Dificultades que ocasiona la contribución del dos por ciento.—Inesperada actitud de Prim.—Sus relaciones con La Gravière. —Fusilamiento de Robles Pezuela.—Inútiles esfuerzos para salvarlo.—Su correspondencia con Saligny.—Declaraciones del periódico del general Prim contra la monarquía.—Maximiliano insiste en su resolución de venir.—Su candidatura se hace pública.—Vuelve á tocarse la cuestión veneciana.—Carta del general Prim á Napoleón.—Thouvenel hace observaciones á Saligny.—Quiere que se reserven los créditos de Jecker.—Opinión del gobierno español acerca de la candidatura de Maximiliano.—Sigue la rivalidad con la Francia.—La aduana de Veracruz.—Nada producía á los aliados.—Condiciones para que fuera devuelta.—Al fin rehusan entregarla.—El gobierno mexicano queda engañado.—Wyke y Prim proponen una definitiva conferencia en Orizaba.—Jurién quiere retirar su firma del convenio de la Soledad.—Rehusa asistir á la conferencia del 15 de Abril.—Comunica su resolución de retroceder á Paso-Ancho.—Prim va á Tehuacán.—Procura impedir el retroceso de los franceses.—No hay avenimiento.—Considera inevitable la ruptura entre los aliados.—Piensa reembarcar sus tropas.—Instrucciones que recibió de su gobierno.—Los franceses abandonan á Tehuacán.—Siguen llegando á la ciudad de México los contingentes de los Estados.—Disposiciones dictadas en los Estados.—La reacción continúa en pie.—La Europa cree impopular la guerra contra México.

A fines de Febrero, cuando ya iban en marcha las fuerzas aliadas, llegaba á Veracruz el general Almonte acompañado de varios mexicanos emigrados; Almonte había hecho conocimiento con el general Prim en París, y por tal motivo se le facilitó la primera entrevista con el comisario español; en ella lo primero que hizo Almonte fué anunciarle la llegada del conde de Laurencez con cuatro mil soldados.

—Bien venidos sean los franceses, le contestó Prim, no me pesa que vengan.

En seguida le anunció Almonte que Laurencez era portador de una carta autógrafa del Emperador para el general Prim, y entró en materia, sin rodeos. Le contó que estaba de acuerdo con el gobierno de Napoleón para derribar á Juárez, acabar con la República y crear una monarquía, cuyo jefe sería Maximiliano de Austria, á quien el mismo Almonte había ido á ofrecerle la corona en Viena, aceptada por S. A. que estaba dispuesto á embarcarse cuando se le avisara.

—Esto será un negocio de un par de meses, añadió Almonte, pues todos los mexicanos se levantarán como un solo hombre, cuando vean la bandera de la monarquía, "el país está fatigado de la tiranía de los rojos y no se necesitará más tiempo."

Antes de emitir Prim su opinión, le preguntó si los gobiernos aliados estaban de acuerdo en tan grave materia, y en respuesta le dijo Almonte:

—A mi vuelta de Viena estuve en Madrid y tuve el honor de hablar con los

señores duque de Tetuán y Calderón Collantes, quienes me dijeron que teniendo confianza la reina y su gobierno en el conde de Reus que estaba sobre el terreno, hasta que recibieran sus apreciaciones sobre el estado de México, nada me podían contestar.

—¿Y el gobierno inglés? volvió á preguntar Prim.

—Está de acuerdo con el del Emperador, afirmó Almonte.

Esta última contestación hizo conocer al general Prim que Almonte trataba de engañarlo. Desde el momento en que los comisarios ingleses conocieron los planes que traía Almonte, y supieron que iban á llegar refuerzos de tropas francesas, habían anunciado verbalmente al conde de Reus, que el batallón de la marina real que hacía sus aprestos para ir á Orizaba se reembarcaría al siguiente día; sin embargo, ellos continuarían formando parte de la conferencia donde quiera que se reuniese.

Almonte añadió que se consultaría la opinión del país por una Asamblea de notables; pero que se debía empezar por destruir el gobierno de Juárez.

Apoyado en las instrucciones de su gobierno y en las cartas confidenciales de los ministros, Prim contestó á Almonte, que no comprendía cómo el gobierno francés pudiese estar de acuerdo con el plan de monarquía que calificó el mismo Prim de inicuo, desleal y hasta absurdo por irrealizable.

—La misión de los aliados, le dijo, no es quitar ni poner gobiernos, ni mucho menos destruir sistemas para crear monarquías, ni en favor del Archiduque de Austria ni de ningún príncipe, ni de nadie. "Si andando el tiempo los mexicanos quieren una monarquía, los aliados no sólo no nos opondremos, sino que les ayudaremos; pero ha de ser el resultado de la libre y espontánea voluntad del pueblo mexicano. Esta es la política aliada, esta es la política del gobierno de la reina; por lo tanto no cuente usted con las armas españolas y tampoco con las inglesas, pues mañana mismo se reembarcarán las tropas que debían marchar á Orizaba.

—Entonces, contaré con las de Francia, replicó Almonte con cierto desenfado.

—Lo dudo mucho, le dijo Prim, pues no creo que los comisarios franceses quieran acometer semejante empresa, si no reciben órdenes terminantes del Emperador, y el Emperador es un hombre con demasiado talento para dar semejantes órdenes."

Le aseguró Prim que si seguía en su empresa, haría un completo y ridículo fiasco; le aconsejó que no saliera de Veracruz bajo el amparo de las armas aliadas, si no quería causar ó crear algún conflicto que pudiera traer graves consecuencias. Por entonces las fuerzas españolas llevaban ya tres días de marcha y Prim salió al día siguiente á unírseles en Paso-Ancho; iban á la vanguardia los ingenieros componiendo los malos pasos, los artilleros conducían su tren y ayudaban á los franceses que habían quedado rezagados; los de caballería cedían sus cabalgaduras á los enfermos y los infantes cargaban ración para cinco días, la tienda, la manta y el equipo. Más adelante, cuando Prim quería que Almonte fuese reembarcado, le dijo el comisario francés Jurién de La Gravière: "El general Almonte es un hombre entendido y prudente, y tengo la seguridad de que escuchará mis consejos. De todos modos, yo no puedo renegarlo ni le puedo abandonar, pues tiene la confianza del gobierno que yo represento."

En París, como en Madrid, había asegurado el general Almonte que su influencia en México era inmensa; que al llegar á las playas mexicanas se le unirían todos los individuos de la que llamaba parte sana de la población; pero la verdad fué, que después de las proclamas, cartas y excitaciones, no obtuvo sino protestas contra los planes que concibió, y fracasaron los pronunciamientos promovidos en Alvarado y Tlacotálpam, rechazando la invasión francesa. En la Sociedad Lancasteriana y en la de Geografía y Estadística, fué borrado el nombre del general Almonte; aun el cabildo eclesiástico de Guadalajara se pronunció contra la expedición francesa y los planes del mismo general; algunos individuos cuyos nombres aparecían al pie de las adhesiones á los planes de éste, protestaron enérgicamente contra el escandaloso abuso que se hacía de sus firmas, apareciendo algunas de estas protestas en los periódicos de la época.

Este general había trabajado en Francia desde mucho tiempo atrás, para que en México se cambiara la forma republicana en monarquía regida por un príncipe extranjero. Allá era huésped de la Francia y la bandera de esta Nación lo amparaba, consecuente con su programa de dar asilo al que en ella lo buscara; pero cambió de aspecto la cuestión, al venir conducido por refuerzos de la expedición francesa para conspirar. Desde su arribo á Veracruz comenzó á escribir cartas á los jefes de la tropa del gobierno, excitándolos á desertar, luego estableció un gobierno provisional en Córdoba y se denominó jefe supremo, afirmando siempre que contaba con el apoyo de la Francia.

Por esos días, estando ya en Orizaba Sir Charles Wyke, recibió la noticia de que el gobierno de México continuaba exigiendo á los extranjeros la contribución del dos y medio por ciento sobre capitales; Prim recibió también por cartas particulares de la capital, la noticia de que se había impuesto un préstamo forzoso de quinientos mil pesos á seis casas, de las que tres eran españolas; esto era falso pues de las seis no había ninguna puramente española, una era hispano-mexicana, es decir, que tenía capitales españoles y mexicanos, y pertenecía á la familia del Sr. Conde de Reus. Éste escribió al Sr. Doblado pidiéndole explicaciones sobre el asunto y como la contestación fué en sentido un tanto altivo, el Sr. Prim llamó al vice-almirante La Gravière para concertar la conducta que debían seguir en el caso de romper las hostilidades.

La nueva actitud de Prim sorprendió al comisario francés, quien le dijo que era necesario evitar el decidirse de una manera demasiado aparente por la causa del partido que formaba la minoría, contra el cual estaba la opinión general del país. Le escribió á Prim, asegurándole que el establecimiento de una monarquía en México le parecía el único medio de poner fin á las disensiones que habían hecho de este

país un objeto de escándalo para la Europa; para llegar á tal fin le parecían mejores las vías de conciliación, y por tal motivo se había apresurado á firmar los tratados de la Soledad, creyendo que una tregua daría tiempo á influir sobre las opiniones, sin que pareciera que las violentaban; pero al comunicarle las medidas violentas que había adoptado el Sr. Doblado, declaraba Jurién de La Gravière estar dispuesto á fundar sobre ellas la declaración de ruptura.

También quería, que antes de abrirse la conferencia de Orizaba, se le pidieran á México las garantías de cumplimiento en lo que se pactara, pues no eran tratados los que hacían falta, sino la seguridad de que el gobierno tendría la fuerza y la voluntad de ejecutarlos, y acerca de esto habían sido terminantes las últimas instrucciones recibidas; creía no haberse engañado cuando consideró que en la opinión de Prim, así como en la de Doblado, el convenio de la Soledad no era otra cosa que la adopción en principio de la ocupación militar de México por las fuerzas aliadas.

Si de pedir las garantías habían de nacer hostilidades inmediatas, el vice-almirante La Gravière estaba dispuesto á regresar á Paso-Ancho y abrir desde luego una nueva campaña; igualmente se había de exigir una completa amnistía, sin condiciones ni reservas para poder así consultar los verdaderos deseos de México. "¿No sería esto más ventajoso, que romper la convención por agravios que remontaban á una fecha ya antigua?" Desde que llegó Prim á Orizaba había entablado correspondencia con el vice-almirante La Gravière que se hallaba en Tehuacán, éste le aseguró que no se usaría de violencia sin su consentimiento, consideraba una gran dicha poder restablecer el acuerdo de todos en las conferencias y creía que hacía falta un fin más noble, que el que se propondrían acreedores exigentes cuya única misión fuera pedir reparaciones y garantías.

Según el parecer de La Gravière, Prim había preservado á España de las consecuencias desastrosas, de una expedición concebida con exagerada confianza y que España no habría podido sostener sola, sin perjuicio sensible para su Hacienda. Quitándole á la expedición el color casi exclusivamente español y modificando la política de Prim, se impediría que llegaran los aliados á una guerra inevitable, en la que se hubiera levantado contra ellos el sentimiento nacional, prestando así el conde de Reus un gran servicio.

Al decidirse el Emperador á enviar á México un nuevo ejército y un general que lo mandara, tan sólo había tenido en cuenta desembarazar la acción de la Francia y reservarle la más completa libertad en su proceder; pero esto no debía interpretarse como que se debilitaba la alianza, pues La Gravière ofrecía la más activa y desinteresada cooperación al ejército español, en cualquiera posición en que pudiera encontrarse, aunque á la vez avisaba tener orden de no subordinar sus miras políticas á las de ningún otro plenipotenciario, y en lo de adelante sería un poco más cuidadosa la deferencia que se había guardado á Prim, más bien debida á su carácter personal que á la posición superior que guardaba.

La Gravière deseaba aprovechar las simpatías que aquí se tenían por la Francia, y sin renegar de sus aliados quería que quedara bien establecido á los ojos de todos, que la expedición era francesa, á las órdenes de franceses. Se excusaba de no ir personalmente á dar estas explicaciones, pues se lo impedía el estar aún investido con el mando de las tropas que había conducido á Tehuacán, y no tenía á quien dejar en su lugar, por lo que había pedido al general Laurencez que le enviase al jefe de su Estado Mayor, el coronel Valazé; además deseaba que continuara su marcha para Tehuacán el batallón de Cazadores, porque podrían surgir complicaciones imprevistas, para las cuales quería tener reforzado su pequeño ejército.

De esta carta de La Gravière se desprende: que los franceses querían obrar sin acuerdo de la conferencia; que la expedición sería en adelante expedición francesa, y que se proponía realizar el establecimiento de una monarquía. Según ese jefe, los españoles no eran queridos en México, y esto hacía que la guerra no se presentara como una solución pronta según muchos pensaban en Europa. En contestación Prim le escribía: "Si usted cree que los mexicanos adoran á los franceses, se equivoca usted; á quien aman ahora es á nosotros, porque ven que no queremos imponerles lo que ellos no quieren, y que no somos como ustedes que tratan de hacerles felices á cañonazos."

El general Prim, Sir Charles Wyke y el vice-almirante francés habían estado reunidos en Orizaba para preparar el *ultimátum* que debía presentarse al gobierno mexicano el 15 de Abril; pero no habían podido ponerse de acuerdo y llamaron de Veracruz á Saligny y á Dunlop, sólo éste fué y el conde se rehusó á concurrir pues ya no se ocultaban los preparativos para la campaña, y Saligny decía que al llegar los grandes refuerzos esperados día por día, continuarían su marcha hacia la ciudad de México. Los franceses habían seguido vacilando en este asunto, hasta mediados de Febrero, en que La Gravière recibió despachos de París que le anunciaban el envío de nuevas tropas, el nombramiento del general Laurencez que salió de Cherburgo el 20 de Enero y se le daban nuevas instrucciones, para que al llegar ese jefe fueran ocupadas las ciudades del Interior y los puntos estratégicos del país mexicano; también hasta los primeros días de Febrero habían recibido artillería y material de guerra.

Ya se anunciaba claramente la ruptura de la coalición, cuando el 22 de Marzo decía La Gravière á Prim: "Yo no preveo algún accidente de tal gravedad que pudiera separarnos; pero el gobierno francés ha previsto el caso en que yo no deberé respetar los acuerdos de la conferencia." He aquí que el gobierno francés daba órdenes reservadas á uno de sus comisarios, para que en determinada situación no hiciera caso de sus compañeros; los comisarios ingleses y el español, que suponían, al principio, á los franceses de acuerdo con ellos, no podían creer al vice-almirante con órdenes reservadas y que abandonara la política de la Convención de Londres, la cual se habían comprometido á observar solemnemente.

El 5 de Marzo de 1862, cerca de las seis de la tarde, había anclado frente á Veracruz en la Isla de Sacrificios, el vapor "Forfait" que conducía al general Lau-